

JUICIO CRÍTICO
ANÁLISIS DEL QUIJOTE,
DON VICENTE DE LOS RÍOS.

ARTÍCULO I.

La mayor parte de los autores que celebran el Quijote, se han empeñado más en darle elogios generales que en formar un análisis exacto que descubra clara y distintamente su plan, su carácter y objeto. Esta empresa, aunque árdua y difícil, es indispensable en el presente discurso, por ser el medio más adecuado y oportuno para manifestar cada una de las excelencias de la obra y todo el mérito de su autor. El modo más obvio y natural de calificar las obras de ingenio, es compararlas con otras del mismo arte y de la propia especie. La emoción y placer que siente un lector instruido y sábio en la *Eneyda* de Virgilio, le sirve de regla para juzgar la *Jerusalén* del Taso ó el *Paraíso* de Milton, por la semejanza ó desproporción que encuentra entre estas obras comparadas con la primera. La fábula del Quijote, original y primitiva en su especie, no puede sujetarse á este juicio, porque no hay otra con quién compararla. Cervantes está en el mismo caso que Homero; y las reflexiones que se saquen del arte y método observado por este autor en el Quijote servirán de regla para juzgar las demás fábulas burlescas, así como las observaciones hechas por Aristóteles sobre la *Iliada* y *Odisea* fueron el fundamento de las leyes que este sábio filósofo dió en su *Poética* á las fábulas heróicas.

JUICIO CRÍTICO

ó

ANÁLISIS DEL QUIJOTE,

POR EL ACADÉMICO DE LA LENGUA

DON VICENTE DE LOS RÍOS.

ARTÍCULO I.

Principios en que se funda este análisis.

La mayor parte de los autores que celebran el Quijote, se han empeñado más en darle elogios generales que en formar un análisis exacto que descubra clara y distintamente su plan, su carácter y objeto. Esta empresa, aunque árdua y difícil, es indispensable en el presente discurso, por ser el medio más adecuado y oportuno para manifestar cada una de las excelencias de la obra y todo el mérito de su autor. El modo más obvio y natural de calificar las obras de ingenio, es compararlas con otras del mismo arte y de la propia especie. La emoción y placer que siente un lector instruido y sábio en la *Eneyda* de Virgilio, le sirve de regla para juzgar la *Jerusalén* del Taso ó el *Paraíso* de Milton, por la semejanza ó desproporción que encuentra entre estas obras comparadas con la primera. La fábula del Quijote, original y primitiva en su especie, no puede sujetarse á este juicio, porque no hay otra con quién compararla. Cervantes está en el mismo caso que Homero; y las reflexiones que se saquen del arte y método observado por este autor en el Quijote servirán de regla para juzgar las demás fábulas burlescas, así como las observaciones hechas por Aristóteles sobre la *Iliada* y *Odisea* fueron el fundamento de las leyes que este sábio filósofo dió en su *Poética* á las fábulas heróicas.

Para encontrar los verdaderos principios en que debe fundarse el juicio del QUIJOTE, es preciso recurrir á las fuentes del buen gusto, y descubrir en ellas el modo mas natural y agradable para divertir el espíritu y mover el corazón humano, imitando la acción de un personaje ridículo y extravagante. Este presenta desde luego á la imaginación de los lectores la idea de un héroe, á quien el autor atribuye una sola acción con un determinado fin, lo que igualmente sucede en las fábulas épicas: por consiguiente, los principios generales de estas fábulas pueden servir también para hacer juicio del QUIJOTE, no perdiendo nunca de vista en su aplicación la diferencia que debe haber entre contar naturalmente la acción ridícula de un héroe burlesco, cuyo ejemplo debemos huir, ó referir poéticamente la acción maravillosa de un verdadero héroe, á quien por precisión hemos de admirar.

Con esta limitación, se puede comparar CERVANTES á Homero. Ambos fueron poco estimados en sus patrias, anduvieron errantes y miserables toda su vida, y después han sido objeto de la admiración y del aplauso de los hombres sábios en todas las edades, países y naciones. Siete ciudades poderosas disputaron entre sí el honor de haber servido de cuna á Homero, y seis villas de España han litigado el derecho de ser patria de CERVANTES. Ambos fueron ingenios de primer orden, nacidos para ilustrar á los demás, y para fundarse un imperio particular en la república de las letras. Uno y otro sacaron sus invenciones del tesoro de la imaginación con que los había dotado la naturaleza; pero Homero, remontando su vuelo, presentó á los hombres toda la majestad de sus dioses, toda la grandeza de los héroes y todas las riquezas del universo. CERVANTES, menos atrevido, ó mas circunspecto, se contentó con retratarles al natural sus defectos, tirando al centro del corazón humano las líneas de su instrucción, y adornándola con todas las gracias que podían hacerla amable, provechosa y suave. Aquel sacó á los hombres de su esfera para engrandecerlos, y este los encerró dentro de sí mismos para mejorarlos. En Homero todo es sublime, en CERVANTES todo natural. Ambos son, en su línea, grandes, excelentes é inimitables; pero en esta parte conviene mejor á CERVANTES que á Homero el elogio de Veleyo Patérculo, porque, efectivamente, ni antes de este español hubo un original á quien él imitase, ni después ha habido quien sepa sacar una copia de su original imitándole. Por esto, los literatos, que han visto la multitud de volúmenes escritos en alabanza de Homero, disimularán con facilidad la prolijidad de este análisis: en el cual es preciso, antes de formar juicio del QUIJOTE, dar una idea de los principios en que debe fundarse, y aplicarle después con individualidad las reglas que resulten de ellos. De este modo, no solo servirá de ilustración á los lectores para conocer y apreciar esta obra, sino también les dará luz para calificar el mérito de las demás fábulas burlescas.

Los principios generales que pueden aplicarse á la fábula del QUIJOTE, igualmente que á las heroicas, se encuentran con mayor facilidad observando sencillamente la naturaleza y fin de las mismas fábulas, que estudiando las varias obras didácticas

escritas sobre este asunto, cuyas ideas vagas, informes y opuestas entre sí, sirven mas para confundir el entendimiento que para ilustrarle. La sana razón enseña que los preceptos de las artes deben ser breves, claros, sencillos, y deducidos todos de un principio fijo y determinado, cual es, que las obras del arte sean medio preciso y seguro para que el artista logre el fin que se propuso.

El fin de todos los fabulistas sensatos y juiciosos consiste principalmente en instruir deleitando: fin muy útil á la sociedad, porque destierra de ella el ocio con el entretenimiento, y los demás vicios con la enseñanza. El deleite ocupa el espíritu, previene la atención de los lectores, y los precisa á que reciban con gusto la enseñanza, disfrazada con la máscara de la ficción, y dorada con la novedad de lo maravilloso ó de lo ridículo: extremos ambos que, bien manejados, embelesan y suspenden el ánimo, porque le sacan de la esfera de los sucesos comunes y ordinarios de la vida, con los que ya estamos familiarizados. De que se sigue, que el objeto de la fábula debe ser á propósito para agradar á los lectores, á fin de que por su medio consiga el autor instruirlos.

El objeto de la fábula es la basa en que estriba todo el edificio de ella, y la idea que regla su arquitectura. El cuerpo ó el todo de la obra no es otra cosa que esta misma idea, desenvuelta y delineada por menor con todas sus circunstancias: por consiguiente, el deleite y placer, que está como encerrado y contenido en el objeto de la fábula, debe manifestarse clara y distintamente á los lectores en el todo de ella y en cada una de sus partes, creciendo y aumentándose desde el principio hasta el fin, ó, á lo menos, sosteniéndose con igualdad en toda la obra.

Las reglas fijas para lograr este agrado de los lectores proceden de la naturaleza del espíritu humano, cuyo placer, deleite é instrucción se solicita en las fábulas.

Nuestro espíritu es naturalmente curioso, inconstante y perezoso. Para agradarle es indispensable incitar á un mismo tiempo su curiosidad, prevenir su inconstancia y acomodarse á su pereza. Todo lo que es raro, extraordinario, nuevo, y de un éxito dudoso é incierto, mueve la curiosidad del espíritu: la simplicidad y unidad convienen á su pereza, y la diversidad y variedad entretienen su inconstancia. De esta discreta observación de Fontenelle se deduce con evidencia que, para agradar á los hombres, es necesario unir estas tres cualidades en el objeto que se les presente.

Esta reflexión, y las anteriores, dan la verdadera norma para formar juicio de las fábulas agradables é instructivas. El autor ha de elegir un objeto propio y apto para deleitar á los lectores y conducirlos insensiblemente al fin que se propone. De este objeto debe deducir una acción sola, completa, de proporcionada duración, que excite la curiosidad, y sea verosímil y variada con otras acciones subalternas ó episodios enlazados naturalmente con ella. Los actores han de ser conformes á la acción, dependientes del héroe ó principal actor, todos de diverso carácter, y constantes en su diversidad. La narración de la acción, que es el todo,

ó cuerpo de la fábula, debe ser hermosa, dramática y dulce. Ultimamente, el estilo ha de ser puro, enérgico y conveniente al asunto de la fábula. Observando estas reglas, formará un todo capaz de mover la curiosidad del lector, variado y uniforme, correspondiente al objeto de la fábula, y á propósito para la moral que quiera enseñar en ella. De la novedad en el objeto elegido resultará la fábula original; de la discrecion en la moral, útil; y de las otras circunstancias, agradable. El mérito de CERVANTES, y la destreza con que supo unir y manejar estas tres cualidades, se manifestará palpablemente aplicando las referidas observaciones al QUIJOTE, para hacer juicio de esta obra, de la que solo se notarán aquellas gracias ó perfecciones mas exquisitas ó mas ocultas, pasando en silencio muchas, que ningun lector dejará de percibir aunque no las conozca.

ARTÍCULO II.

Novedad del objeto del Quijote.

LA eleccion de CERVANTES en el objeto de esta obra fué tan acertada, que solo el título de ella presenta desde luego al lector, en el ridículo carácter del héroe, la idea y el objeto de una fábula, no solamente nueva y original, sino tambien mas agradable é instructiva, por su naturaleza, que las otras fábulas cuyo asunto es heróico, y su moral sería é indeterminada.

La mayor parte de los sábios creen que el fin de los autores de estas fábulas no es enseñar á los hombres una verdad sola, sino darles un tratado completo de moral; é igualmente convienen en que el objeto de las mismas fábulas es excitar la admiracion de los lectores con la union de lo maravilloso y heróico. Por consiguiente, el deleite y placer que se siente en su leccion, debe resultar precisamente de la claridad y distincion con que el lector penetre la mútua dependencia de las acciones de los héroes, con el influjo y decretos de las deidades: conocimiento y placer reservado al corto número de personas sábias, capaces de leer estas obras con inteligencia: el resto de los hombres, ni las entiende, ni las aprecia, ni las lee, ni las conoce. La moral, la enseñanza y los ejemplos que encierran para instruccion de los lectores, tienen igual limitacion, y solo pueden aprovechar á alguno de estos, de los cuales, verosíilmente ninguno ha corregido sus costumbres movido de los sanos consejos de la *Iliada* ó *Eneyda*. El poco efecto de estas instrucciones pende precisamente del carácter de las mismas fábulas y de la índole del corazon humano. Homero, padre y maestro de todas ellas, eligió para las suyas dos asuntos heróicos: